

## CAPÍTULO XXIII.

Del modo y ceremonias con que se armaban antiguamente los caballeros del Santo Sepulcro (\*).

**E**L modo de armar caballeros que tiene el padre guardian, ó su presidente por su muerte y ausencia, es: que habiendo primero el que ha de recibir y tomar el hábito, dispuesto su conciencia y recibido los sacramentos de la penitencia y comunión: Estando el padre guardian con toda su comunidad en la capilla del Santo Sepulcro, hincado de rodillas el recibiente, empieza la comunidad el himno: *Veni Creator*, y acabado se dice el verso, y luego dice la oración del Espíritu Santo.

(\*) Tomado de la obra: *El Devoto Peregrino* etc. escrita por el P. Fr. Antonio Castillo.

Pregúntale el padre guardian, ¿qué quieres? Y el caballero que está de rodillas responde, quiero ser armado caballero del santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Otra pregunta: ¿que nobleza y linage es el tuyo? Y la respuesta del recibiente: soy bien nacido y de padres nobles y esclarecidos en linage.

Otra: ¿tienes hacienda y posibilidad para el sustento y fausto de la dignidad militar y de caballero, sin tener tratos ni ganancias ilícitas, ni oficio mecánico para sustentarlo? Respuesta: tengo, por la gracia de Dios, suficiente y bastante hacienda para el lucimiento de esta dignidad.

Pongo todo lo referido en romance, para que el que no supiere latin, lo entienda. ¿Qué es lo que pretende? pregunta el padre guardian al que se arma caballero. ¿Estás dispuesto, y preparado así en alma, como en cuerpo, á prometer, y guardar las cosas y condiciones que prometen, y deben guardar los que reciben este santo hábito, y órden, que son estas que se siguen?

La primera, que cualquiera caballero de este hábito, no teniendo muy precisa ocupacion, ó falta de salud, debe ante todas cosas oír misa cada día.

Lo segundo está obligado siempre que haya necesidad, como es hacer guerra universal á los enemigos de nuestra santa fe católica, gastar en ello de su hacienda, y acudir personalmente á ella. Y si estuviere enfer-

mo, de modo que no pueda acudir, envíe persona tal, que satisfaga sus obligaciones.

Lo tercero, está obligado á defender á la Iglesia nuestra madre, á sus ministros, y á los hijos de ella de las calumnias y molestias que se le hicieron, y movieren por los infieles sus enemigos, y perseguidores.

Lo cuarto, está obligado á no dar ayuda ni con la persona, y armas, ni con los bienes á guerras injustas, ni fomentarlas, no siendo en bien y provecho de nuestra santa fe católica.

Lo quinto, debe con todo cuidado procurar la paz y concordia entre los fieles: celar y guardar la república, mirar por el amparo y provecho de los huérfanos, pupilos, viudas y pobres, y no consentir que se les haga agravio. Evitar los juramentos, blasfemias, maldiciones, robos, usuras, muertes, sacrilegios, embriagueces, lugares sospechosos, y de maltrato, compañías de personas infames, y ruin nombre, tratos deshonestos de mugeres, como si fuera una peste contagiosa; vivir de modo que no solamente para Dios, sino tambien para los hombres sea irrepreensible, y no tenga nadie que afearle cosa alguna. Y finalmente, vivir de modo que por sus obras y palabras todos le conozcan merecedor de la dignidad, hábito y órden que profesa: no haciendo cosa indecente á la nobleza de caballero, visitando las iglesias, ermitas y hospitales, y lo demas tocante al culto divino.

Responde. Preparado, y dispuesto me hallo, y siento en lo interior y exterior á prometer, guardar y ob-

servar todas estas cosas. Esto dicho, hace la profesion, poniendo las manos entre las del padre guardian.

El guardian le pone luego las manos en la cabeza, y continúa el recibiente.

Yo fulano prometo á Nuestro Dios y Señor Jesucristo, y la Santísima Virgen María su madre guardar, como fiel, y buen caballero de Jesucristo, todas estas cosas que he ofrecido. Entónces el padre guardian, dice: Y tú, fulano, procura ser buen soldado, valeroso y valiente caballero del Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, de tal modo, que por tus obras merezcas el lugar y premio, que tienen los demas santos y soldados suyos en la gloria, y bienaventuranza.

Luego el padre guardian le da unas espuelas doradas, y habiéndoselas calzado, dice:

Toma estas espuelas, para que si acaso vieres en peligro, y cercada esta ciudad y Sepulcro, con ellas puesto á caballo, puedas cercar, y defender como debes, estos Santos Lugares.

Hecho esto, el padre guardian le da al dicho, una espada desnuda, y le dice: Fulano, toma esta espada en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que te defiendas á tí y tu madre la Iglesia, para espanto y confusion de los enemigos de la cruz de Cristo, y de la fe cristiana en todo lo que tus fuerzas alcanzaren. Y mira que injustamente no agravies á otro alguno con el ayuda de Dios: que con el Padre, y el Espíritu Santo vive y reina por siglos eternos, Amen.

Luego el padre guardian le ciñe la espada, y le dice:

Fulano, ceñios en vuestro lado esta espada, y haced con ella valentias con valor, y esfuerzo en nombre de Cristo Señor nuestro; y atended, que no solamente con ella habeis de pelear y vencer, sino con las armas de la fe: que con estas los santos hicieron valentias, ganando reinos y provincias, y muchas almas para Dios.

Hecho esto, se levanta el caballero, y desenvainando la espada, se la vuelve á dar al padre guardian; y hincándose de rodillas, la cabeza inclinada en el sepulcro, el padre guardian con ella le da en las espaldas tres golpes, con que lo arma caballero, diciendo otras tantas veces.

Yo te constituyo y te hago á tí, Fulano, soldado del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Luego el padre guardian besa al caballero en la frente y le pone al cuello una cadena de oro con una cruz pendiente á ella, y le dice: Recibe fulano este collar de oro con la cruz que de él pende, para que adornado y armado de tal prenda, puedas decir en los peligros: Por la señal de la santa cruz, etc.

Luego el caballero besa el Santísimo Sepulcro, y restituye todas aquellas prendas al padre guardian, que dicen fueron de Godofredo de Bouillon. Y los religiosos cantan el himno: *Te Deum laudamus*. Y el padre guardian dice los versos siguientes, á los cuales responde el coro.

Señor Dios de los ejércitos, que hoy te has digna-

do agregar en la tierra al número de tus soldados para la defensa de tu Santo Sepulcro á tu siervo fiel N. por nuestro medio; te suplicamos le concedas que por ministerio de los ángeles, merezca ser agregado en el cielo á la milicia triunfante.

Omnipotente y sempiterno Dios, infunde la gracia de tu bendición á este tu siervo N. que desea ceñirse la gloriosa espada, y defiéndelo con la fuerza de tu diestra: ármalo con armas celestiales contra todos sus enemigos, para que en este siglo no lo agiten las tempestades de la guerra.

Dios misericordioso, concede á la iglesia que congregada por el Espíritu Santo, no la turben las incursiones de sus enemigos. Por Nuestro Señor etc.

Acabadas estas ceremonias, se sientan todos los religiosos, y el padre guardian suele hacer una plática al que ha armado caballero, exhortándole á la guarda y observancia de lo que ha prometido. Otros la hacen ántes; en esto no hay regla cierta. Luego el padre guardian abraza al caballero, y asimismo los demas religiosos, con que se da fin á este solemne acto.

Todos estos, continúa Chateaubriand, no son mas que recuerdos de las costumbres que ya no existen; pero si se atiende á que me hallaba en Jerusalem, en la iglesia del Calvario, á doce pasos del Sepulcro de Jesucristo, á treinta del de Godofredo de Bouillon, que acababa de ponerme las espuelas del libertador del Santo Sepulcro, y de tocar aquella larga y ancha espada de hierro que habia manejado una tan noble y leal mano; y

si se consideran tambien las particulares aventuras de mi vida, mis viages por mar y tierra, se verá que no podia ménos de estar muy conmovido con semejante ceremonia. Yo era frances, Godofredo tambien lo era, y sus antiguas armas al tocarme me inspiraron nuevo amor á la gloria y al honor de mi patria. Me dieron mi título con la firma del guardian y el sello del convento, y junto con este distinguido diploma de caballero, me dieron tambien mi humilde patente de peregrino; y conservo ambas cosas como un testimonio de haber estado en la tierra de Jacob.

Ahora que voy á dejar la Palestina, deseo que el lector salga conmigo fuera de las murallas de Jerusalem, para ver por última vez esta extraordinaria ciudad. Detengámonos en la cueva de Jeremías, cerca de los sepulcros de los reyes. Esta cueva es muy espaciosa, y su bóveda se sostiene en unos pilares de piedra, y aquí dicen que fué donde el profeta cantó sus lamentaciones, que en efecto parecen á la vista de la moderna Jerusalem, pues que naturalmente pintan el estado actual de esta afligida ciudad.

„¿Cómo esta ciudad ántes tan llena de gentes, está ahora tan solitaria y afligida? La señora de las naciones está como viuda: sujeta se halla á los tributos la reina de las provincias.

„Lloran las calles de Sion porque nadie viene á sus solemnidades; todas sus puertas están destruidas; gimen sus sacerdotes; sus vírgenes están desfiguradas del dolor, y ella misma oprimida por la amargura.



Vista general de Jerusalem tomada desde el monte de los Olivos.

„O vosotros todos los que pasais por el camino, deteneos y mirad si hay un dolor igual al dolor mio.

„El Señor ha resuelto derribar las murallas de la hija de Sion: tendió su cuerda, y no apartó su mano hasta que todo fué destruido, cayó el antemuro, y tambien se disipó la muralla.

„Clavadas están en tierra sus puertas: rompió y quebrantó las barras que las sostenian: desterró á su rey y á sus príncipes entre las naciones: ya no hay ley, y sus profetas ya no reciben las proféticas visiones del Señor.

„Mis ojos se han debilitado de tanto llorar: se conturbaron mis entrañas: cayó en tierra mi corazon viendo la ruina de la hija de mi pueblo, viendo á los niños, á los que aun eran de pecho, caer muertos en la plaza de la ciudad.

„¿Con quién te compararé, ó hija de Jerusalem? ¿á quién diré que te pareces?

„Cuantos pasaban por el camino daban palmadas viéndote: silbaron á la hija de Jerusalem, moviendo la cabeza y diciendo: ¿es esta aquella ciudad de perfecta hermosura, y que era el regocijo de toda la tierra?”

Vista Jerusalem desde el monte de las Olivas, al otro lado del valle de Josafat, presenta un plano inclinado sobre un terreno que baja de poniente á levante. Una muralla almenada y fortificada con torres, y un castillo gótico, circuye toda la ciudad, dejando fuera parte del monte Sion, que ántes comprendía en su recinto.

En el barrio que está al poniente, y en el centro de

la ciudad hácia el Calvario, las casas están bastantes juntas; pero al levante y á lo largo del valle del Cedron, se hallan algunos espacios sin casas, y entre otros el que rodea á la mezquita edificada sobre las ruinas del templo, y el terreno casi despoblado donde estaba la torre Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalem son cuadradas, muy bajas, y no tienen ni chimeneas, ni ventanas; y por techos, terrados, ó bóvedas, semejándose á prisiones ó sepulcros. Todo apareceria á la vista de un nivel igual, si los campanarios de las iglesias, los minaretos de las mezquitas, las copas de algunos cipreses, y los bosques de nopales no interrumpiesen la uniformidad del plan. Al ver estas casas de piedra en un terreno todo pedregoso, pregunta uno, ¿si no son aquellos los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto?

Entrad en la ciudad, y nada podrá consolaros de la tristeza exterior: os perdeis en callejuelas que no están empedradas, que suben y bajan en un terreno desigual, y andais sobre montes de polvo ó de guijarros rodadizos. Varios toldos que van de una casa á otra, aumentan la oscuridad de este laberinto: los bazares embovedados y de mal olor acaban de quitar la luz á la afligida ciudad: algunas tiendezuelas solo presentan miserables mercancías, y aun por lo comun están cerradas, temiendo que pase el cadí. Nadie se halla en las calles ni á las puertas de la ciudad, y solo algunas veces se ve escabullirse algun aldeano por los parages mas oscuros, escondiendo bajo sus ropas el fruto de su su-

dor, temiendo se lo quiten los soldados: allá en algun rincón á lo léjos se ve al carnicero árabe degollar algunas res que tiene colgada al arruinado murallon, y al mirar uno su rostro feroz y atraidorado, sus brazos ensangrentados, mas bien creeria que acababa de asesinar á su semejante, que de degollar un cordero. No se oye mas ruido en la ciudad deicida que de cuando en cuando el galopar de la yegua del desierto, y es el genízaro que trae la cabeza del beduino, ó que va á robar al Fellah.

En medio de esta estraordinaria tristeza, detengámonos un instante á considerar cosas aun mas estraordinarias. Entre las ruinas de Jerusalem veremos dos pueblos independientes que hallan en su creencia fuerzas para resistir á tantos horrores y miserias. Allí viven unos religiosos cristianos á quienes nada ha podido obligar á que abandonen el sepulcro de Jesucristo, ni robos, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Resuenan sus cánticos noche y dia delante del Santo Sepulcro. Si por la mañana los roba un gobernador turco, á la noche los volvereis á hallar al pié del Calvario orando en el mismo parage en que Jesucristo padeció por salvar á los hombres. Están sosegados y alegres, y con gusto hospedan al extranjero. Sin tener tropas ni fuerza alguna, amparan pueblos enteros, y los defienden de la iniquidad. Cuando las mugeres y los niños se ven perseguidos por el sable y el palo, se refugian á los claustros de estos solitarios. ¿Quién impide al malvado, que tiene las armas en la mano, que

persiga á aquellos infelices, y derribe tan débiles murallas? La caridad de los religiosos que se privan hasta de las cosas mas necesarias á la vida, para rescatar á los que imploran su favor. Turcos, árabes, griegos y cristianos cismáticos, todos buscan el amparo de unos pobres religiosos que no pueden defenderse á sí mismos; y aquí debemos conocer con Bossuet, „que las manos levantadas al cielo, derriban mas batallones que las manos armadas de lanzas.”

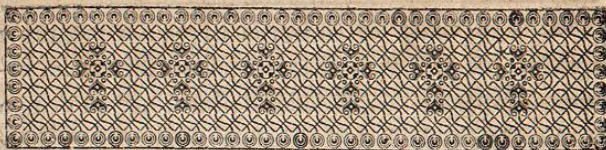
Mientras que la nueva Jerusalem sale de este modo del *desierto, resplandeciente de luz*, echad ahora la vista entre el monte Sion y el templo, y allí vereis otro pueblo que vive separado de los demas habitantes de la ciudad. Objeto particular del desprecio de todos, baja su cabeza sin quejarse, sufre todas las injurias sin pedir justicia, se deja matar á golpes sin suspirar, le piden su cabeza y la presenta á la cimitarra. Si algun individuo de esta sociedad proscrita llega á morir, su compañero irá durante la noche á enterrarle á escondidas en el valle de Josafat, á la sombra del monte donde estuvo el templo de Salomon. Si entráis en la morada de este pueblo, le hallareis sumergido en la mas asquerosa miseria, haciendo leer un libro misterioso á sus hijos, y los cuales lo harán leer tambien á sus nietos. Lo que este pueblo hacia cinco mil años há, lo hace aún. Diez y ocho veces ha presenciado la ruina de Jerusalem; y nada puede desalentarle, nada puede impedirle el que vuelva sus miradas hácia Sion. Cuando uno ve á los judíos dispersos sobre la tierra, segun la palabra de

Dios, se sorprende sin duda; pero no puede ménos de tener como sobrenatural admiracion viéndoles en Jerusalem; viendo á estos legítimos señores de Judéa, esclavos y estraños en su propio pais; viéndoles como aguardan, siempre oprimidos, un rey que los saque de la opresion. Abatidos bajo la cruz que los condena, y que está levantada sobre sus cabezas, ocultos cerca del templo, del que no queda piedra sobre piedra, aun permanecen en su deplorable ceguedad. Desaparecieron de la tierra los persas, los griegos y los romanos; y un pueblecito cuyo origen es anterior al de estas grandes naciones, aun subsiste, sin mezcla alguna con las demas gentes, en las ruinas de su propia patria. ¿Y qué cosa puede haber mas maravillosa hasta á los ojos del filósofo, que el encontrarse la antigua y la nueva Jerusalem al pié del Calvario? La primera afligiéndose al ver el sepulcro de Jesucristo resucitado, y la segunda consolándose cerca del único sepulcro que al fin de los siglos nada tendrá que volver á la tierra.

Dí gracias á los padres por su caritativa asistencia, y muy sinceramente les desée una dicha que no esperan en este mundo: al separarme de ellos tuve en verdad la mayor tristeza. No conozco martirio igual al de estos infelices religiosos: la situacion en que viven, se parece á la en que se estaba en Francia en tiempo del terrorismo. Yo iba á volver á mi patria á reunirme con mis parientes y amigos, y recobrar con ellos los placeres de la vida; y estos religiosos que tambien tienen parientes, amigos y patria, permanecen desterrados en es-

ta tierra de esclavitud. No todos tienen aquella fortaleza que hace á las gentes como insensibles á los pesares, y algunos me dieron á conocer con sus quejas, cuán grande era el sacrificio que hacian. Jesucristo, ¿no dijo en estos mismos parages que era amargo el cáliz? Sin embargo, lo bebió hasta la última gota.

El 12 de octubre monté á caballo con Ali-Agá, Juan, Julian, y el dragoman Miguel, y salimos de la ciudad por la puerta de los peregrinos. Pasamos por el campamento del bajá, y ántes de entrar en el valle del Terrebinto, me detuve para mirar aun á Jerusalem, y por encima de sus murallas vi sobresalir la media naranja del Santo Sepulcro. Ningun peregrino tendrá el gusto de verla, pues que ya no existe, y ahora el sepulcro de Jesucristo está espuesto á las injurias del aire. En otro tiempo toda la cristiandad hubiera acudido á restablecer este sagrado monumento, pero actualmente nadie piensa en ello. Despues de haber estado contemplando á Jerusalem me metí entre los montes. Eran las seis y veinte y nueve minutos cuando perdí de vista á la santa ciudad; de este modo el marineró señala el instante en que desaparece de su vista una tierra lejana que no volverá á ver.



## CAPITULO XXIV.

### DE LAS PEREGRINACIONES Á JERUSALEN.

**A**L mirar las bandadas de peregrinos que cubren los caminos de la ciudad Santa, el pensamiento conduce naturalmente á aquellos tiempos de la edad media en que cada año partian de todos los ángulos de la Europa, cristianos que venian á adorar el Divino Sepulcro. Siete ú ocho siglos ántes de la primera cruzada se comenzaba ya á emprender el viaje de Jerusalem. En aquellas edades remotas, nada era tan bello, nada habia tan grande como una peregrinacion á Palestina; un peregrino partia acompañado del respeto de los pueblos: la espada de los caballeros le defendia, como defendia al huérfano y á la